

Thomas Merton en la isla brillante

—• Por Jesús Lozada Guevara •—



I

Thomas Merton o la semilla de Fray María Louis o el proyecto del Padre Tom, estuvieron aquí. Tres que son uno: poeta, monje y místico. Roble, madera tallada, carbón ardiente. Los ojos que vieron Cuba estaban listos, ya atendían. Llegó en abril de 1940, poco después de Pascua. Había sido operado de apendicitis y quería reposar, además de encontrar rumbo a su vida. Pretendía ser sacerdote católico, pero dudaba si esa vocación debía encarnarse entre los hijos de San Francisco o los de San Bernardo.

El dinero le alcanzaba para viajar a México o a Cuba, optó por la “isla brillante”, y decidió bien. En su diario describe una Habana “bañada de éxito, una buena ciudad, una ciudad real”, en la que ve “abundancia de todo, inmediatamente accesible y, hasta cierto punto, accesible a todos”. El “hasta cierto punto” lo salva de la visión del turista.

Recuérdese que 1940 es el año de la Constitución que convocó la participación de los sectores más diversos; recuérdese, además, que por la guerra en Europa y la distante mirada de los Estados Unidos, que no entraban aún en el conflicto, la industria azucarera cubana estaba en época de vacas gordas, además de que se vivía bajo una aparente estabilidad democrática y económica. Eso hacía que él viera una ciudad ruidosa, llena de faroles, de negocios, de bares y cantinas, en la que, sin embargo, no puede percibir lo que se hallaba detrás y en las bases de aquel “bienestar”.

La exaltación espiritual del futuro poeta y monje le juega una mala pasada y en su diario pinta una ciudad reconocible solo a trancos, especialmente cuando a la puerta de las iglesias ve que “no faltaban los mendigos”. Ellos hacen la diferencia.

Como lo más interesante será que nos acerquemos a nuestro visitante por lo que dice o es, y no a través de notas y referencias bibliográficas, prescindiré de estas y me impondré el hábito de citar *in extenso* sus *Diarios* (1939-1968) o *La montaña de los siete círculos* (1947) –ambos con múltiples ediciones–, advirtiendo, eso sí, que lo haré de manera más literaria que científica, intentando facilitar el disfrute al “hombre cotidiano”, que también es un lector com-

petente pues lee, sin muletas, los signos de la vida, cuanto más garabatos e imágenes.

Volvamos a La Habana y veámosla con los ojos de Tom, un muchacho de 25 años, católico converso, que quería seguir un camino alto. La isla es un misterio, La Habana, un acertijo para él:

“La animación de los bares y cafés no está secuestrada tras las puertas y los vestíbulos: todos ellos están ampliamente abiertos a la calle, la música y las risas llegan a la calle, y los peatones participan en ella, de la misma manera que los cafés participan también en el ruido, las risas y la animación callejera.”

“Esa es otra característica de la ciudad de tipo mediterráneo: la completa y vital compenetración de todos los ámbitos de la vida pública y comunitaria. La vida real de estas ciudades se encuentra en la plaza del mercado, en el ágora, el bazar y los soportales.”

“Vendedores de billetes de lotería, de tarjetas postales o de ediciones extraordinarias de periódicos vespertinos (casi a cada minuto aparece la edición de algún periódico) entran y salen de la multitud y de los bares. Bajo los soportales se instalan músicos que cantan o tocan algún instrumento para desaparecer después.”

“Si estás comiendo en una mesa de las terrazas de la plaza, participas de la vida de toda la ciudad. A través de los soportales puedes ver, recortada contra el cielo, una Musa alada de puntillas en la parte superior de las cúpulas del Teatro Nacional. En la parte baja, los árboles del parque central: y todo el mundo parece estar circulando a tu alrededor, a pesar de que los viandantes literalmente no vienen ni van de las mesas en que se sientan los comensales, que comen sabrosos platos de judías negras o pintas.”

“El alimento es abundante y barato: pero es que, además, si no tienes dinero, no tienes que pagar por él, porque es de todo el mundo, se desborda e inunda las calles. Tú animación no es algo privado, pertenece a todos los demás, porque cada uno te lo ha dado a ti en primer lugar. Cuanto más observas la ciudad y te mueves por ella más amor recibes de ella y más amor le devuelves y, si así lo deseas, pasas a formar parte integrante de ella, de todo el complejo abanico

de alegrías y ventajas, y esto, después de todo, es el modelo mismo de la vida eterna, un símbolo de salvación. Esta pecadora ciudad de La Habana está construida de tal manera que, cualquiera que sepa vivir en ella, puede interpretarla como una analogía del reino de los cielos.”

El entusiasmo, su vida balanceándose entre la bohemia europea y el mundo escolar de los Estados Unidos, y, ¿por qué no?, lo libresco, hacen que Merton vea sin ver, y reconozca solo fragmentos de una polis en la que conviven el cuerno de la abundancia y el bárbaro noble, generoso, donde el sufrimiento y la inequidad no existen, y todo parece oler a frijoles y la gente bebe en la Fuente de la Eterna Juventud.

Más que una ciudad real, creo ver en sus apuntes un territorio imaginario, mezcla de la Utopía de Moro, la Ciudad del Sol, de Campanella, y la *Civitas dei*, de San Agustín. No aparece nunca el olor del arroz blanco, huevo y plátanos fritos de las apuradas muchachas de los barrios de Colón y San Isidro, tampoco la ausencia de olor a comida o el mal olor de los hacinados solares centrohabaneros, ni el rictus de la Timba y El Fanguito. No escuchamos el grito de Pogolotti, barrio de negros y obreros.

De todos modos algo se filtra, la sensibilidad del poeta y el místico están agazapada. Los vendedores de periódicos entran y salen en busca del centavo salvador, los músicos fantasmagóricos cantan y tocan, aparecen y desaparecen artistas del rebusque y la lucha, los vendedores de billetes se llevan la suerte tras sus pasos y voceos. Están en las páginas del diario de Merton, en su memoria y en su corazón, de modo que después limpiaré sus ojos de las escamas de la apariencia, logrando entender el devenir de la isla. Los renglones torcidos, ¡perdón Teresa!, se convertirán en escritura derecha. Tengamos paciencia.

Por ahora vayamos al paisaje real que también pinta: una urbe en la que lo público y lo privado se mixturan, se confunden con algarabía y desparpajo, una Habana en la que de balcón a balcón se lanzan piropos, improperios, ensalmos y polvos de brujería, en la que el choteo y la risa conjuran la frustración y el dolor. Ciertamente, La Habana, territorio en el que se despliega el ideario insular, es una ciudad de puertas abiertas, capaz de la acogida y la asimilación, en donde uno puede tener intercambio con cualquiera, donde se hacen pocas preguntas y se enuncian excedidas respuestas, donde nadie es huésped, extranjero, sino familia, compadre, contertuliano.

La cita larga viene de su diario; sin embargo en la autobiografía, rebosando de sustancia, el autor filtra otras apreciaciones: “No creo que un santo que hubiera sido elevado al estado de unión mística pudiera cruzar las calles peligrosas y lupanares de

La Habana con una contaminación notablemente menor de la que parezco haber contraído yo.”

El diario, escritura súbita, generalmente más centrada en la emoción y la inmediatez que en la reflexión, entra en contradicción con la autobiografía, género en el que se habla de lo pasado, de lo sentido, ya en conexión con la cabeza. Es por eso que en *La montaña...* se describe una Habana grata, acogedora, escenario de su “vagabundeo” místico, pero que tiene calles peligrosas y antros que la hacen irreconocible en aquella “analogía del reino de los cielos” que aparece en el diario.

II

Decíamos que Thomas Merton era un católico converso, es decir, un hombre que decide en conciencia aceptar la fe católica romana, uno que se bautiza adulto más por convicción que por tradición. Decíamos, además, que tiene vocación, y que esta es un llamado a la vida religiosa, pero que no sabe si lo están llamando a ser hermano o monje. A estas alturas ustedes se estarán preguntando, ¿quién llamaba a Merton? Lo llamaba Dios desde el hondón de su conciencia. Entonces, las respuestas que necesitaba las tenía el Otro, y estas había que buscarlas en el andar.

Él llamó a su estancia aquí “vagabundeo por Cuba”, pero hay que dejarlo explicarse porque parecería que estamos delante de una “de aquellas peregrinaciones medievales que consistían en nueve décimas partes de vacaciones y una décima parte de peregrinación”. Y no, el poeta vino a Cuba a “hacer una peregrinación a Nuestra Señora del Cobre”, según sus propias palabras, es decir, Merton no estaba aquí de vacaciones, o no solo por ellas, sino que había venido a encontrarse con la Virgen, con la patrona que nos dimos los cubanos.

Eso justifica los tonos altos que se respiran en los diarios y la deformación que sufre la capital cubana; tan es así, que años después, al hablar de su experiencia cubana, reconoce que le acompañó cierta dosis de “inmunidad frente a la pasión o el accidente”.

El viaje de Thomas Merton por Cuba se entiende en términos de peregrinación o se fracasa, es ahora que podemos descubrir por qué La Habana en él es más parecida a la visión de la tierra prometida que tuvo Moisés sobre el monte Moria, que la visión que de ella tienen otros viajeros y la que se desprende de la prensa habanera de la época. Merton no es un viajero, sino un peregrino que “a cada paso que daba se abría un nuevo mundo de gozos, gozos espirituales, placeres de la mente, la imaginación y los sentidos en el orden natural, pero en el plano de la inocencia y bajo la dirección de la gracia”.

Atiendan este final, que es significativo: nuestro poeta no vino sino que fue traído. ¿Traído a qué? A que le contestaran ciertas preguntas; pero, sobre todo, por la certeza de que necesitaba de un ambiente católico, pues, sostenía que “antes de que haya alguna posibilidad de una experiencia completa y total de todos los goces naturales y sensibles que desbordan de la vida sacramental” era necesario el ambiente del catolicismo francés o italiano o español. Se desprende que esa vivencia era un imposible en la sociedad norteamericana y había que buscarla en Cuba, con un catolicismo todavía muy español, a pesar de los treinta y ocho años de “república”. Aquí describe iglesias “cargadas de impetuoso dramatismo español” en las que encuentra “en todos los rincones a cubanos en oración, pues no es verdad que los cubanos descuiden su religión... o no es tan cierto como complacientemente piensan los norteamericanos, basados sus juicios en las vidas de los jóvenes ricos y lívidos que vienen al norte desde esta isla...”

Sin cometarios. Aunque vale la pena que hagamos precisiones. El cubano ciertamente “no descuida su religión”, pero ¿de cuál religión hablamos? De la suya propia, de su imaginario, de la que nace de la rara combinación del bautismo católico por tradición y el anticlericalismo por cultura. Pero ese seguramente es tema para los científicos sociales.

Hay otro elemento que le cautiva de Cuba: el idioma. A Merton el español le parece una lengua fuerte, ágil, precisa, “con la cualidad del acero, que le da la exactitud que necesita el verdadero misticismo”, pero que a su vez es suave, gentil, cortés, devota, galante y suplicante. Le parece, como a Víctor Hugo, “una lengua apropiada para la oración y para hablar con Dios”. Vino a peregrinar y quiso hablarle a Dios en un idioma que le fuera grato, una lengua que “tiene algo de la intelectualidad del francés” pero que “nunca desborda en las melodías femeninas del italiano”. Aquí fue un príncipe, un millonario espiritual, rodeado de seres humanos que resistían el ruido de la ciudad.

De iglesia en iglesia, del parque Central a la casa, ¿qué casa, dónde estuvo, sería por los costados del parque, por Centro Habana o más cerca, el Vedado? ¡Quién sabe! “Cuando estaba saciado de oraciones, podía volver a las calles, paseando entre las luces y las sombras, deteniéndome a beber enormes vasos de jugos de fruta helados en los pequeños bares, hasta que regresaba a casa a leer a Maritain o Santa Teresa hasta la hora de almorzar”. No habla de la casa, ni del libro o los libros de Maritain, más sí de *La Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús y algunas de las mercedes que Dios le hizo*, escrita por ella misma.

De La Habana, va a Matanzas, a Camagüey y a Santiago de Cuba, atraviesa en un “bárbaro ómnibus” la isla, pero la ve “gris aceitunada”. ¿Sería acaso daltónico? Esta isla es de un verde cortante, al menos así me lo cuentan los que cosas de ese color ven. Yo la percibo también gris aceitunada y soy daltónico.

Thomas esperaba ver a la Virgen en el camino, pero no la vio “bella, en ninguno de los ceibos.” En Matanzas va un parque, no dice cuál, pero Cintio Vitier intuye que es el Parque de la Libertad, donde la gente gira como manecillas de reloj, las mujeres a compás y los hombres a contracanto. Seguramente miradas furtivas, pequeños roces, un guiño, una tos nerviosa, una sonrisa detrás del abanico. Tom convoca una pequeña multitud y en español les habla de su fe, una escena tierna y conmovedora, ciertamente infantil. Uno dice, no sé por qué lo imagino viejo y mulato, que Merton es “un católico muy bueno”. Duerme feliz en Matanzas, en el Hotel Louvre. Le gusta el elogio.

Sus pasiones regresaron en Camagüey, pero no tenía por qué preocuparse. Santa María del Puerto del Príncipe no era un lugar peligroso. Yo que soy de allí me limito a decirle a Tom que no toque esa tecla, que pueblo chiquito es averno grande, aunque aquella, mi ciudad, no es tan pequeña como la pintan ni tan grande como hubiéramos deseado. Es gracioso su dibujo: “ciudad muy insípida y soñolienta...en donde prácticamente todo el mundo estaba en cama a las nueve de la noche”.

En Camagüey siguió leyendo a Teresa de Cepeda, “bajo las palmeras grandes y magníficas de un jardín enorme que tenía enteramente” para él. Cintio Vitier cree que Merton se refiere al Casino Campes- tre, espacio lleno de árboles de diversas especies, en el que crece *El árbol de la República*, como lo llama el poeta Rafael Almanza; pero creo que se equivoca. El Casino es parque, no jardín, las palmas solo guardan la avenida que hoy conduce al estadio y, por la costumbre de las tiñosas de tenerlas por casa, nada de admirable ofrecen. Por debajo de ellas hay que andar en marcha apurada, y así no se puede leer. Bajo las palmas –flacas, pestilentes y manchadas– no hay bancos.

Más bien parece que nuestro amigo describe los jardines del antiguo Hotel Camagüey, antes Cuartel de Caballería del ejército español y hoy Museo Provincial Julio Antonio Mella. Es un jardín de palmeras enormes, con bancos y una fuente recoleta en la que un niño de bronce orina con inocente desfachatez. Rodeado de arcadas de medio punto, es un lugar solitario y silencioso, propicio para la lectura.

El Casino quedaba a las afueras del Camagüey de los años 40, el Hotel a dos cuadras de la Termi-

nal de Ferrocarriles y a unas cinco o seis cuadras del lugar desde el que llegaban y salían los ómnibus de la línea Santiago-Habana, en la calle Avellaneda. Además, para leer en el Casino hay que disponerse a viajar, y los hoteles de la época estaban distribuidos en las calles del centro, y el Hotel Camagüey estaba en los inicios de la Avenida de los Mártires.

A favor de la hipótesis de Vitier está la devoción de Merton por la Virgen de la Caridad, motivo de su peregrinar. Para ir a saludarla en Camagüey hay que atravesar una avenida y llegar a un barrio, los de la Caridad, justamente, donde está el santuario diocesano. A su costado hallamos el Casino Campestre. Era aquella una zona bien comunicada, los tranvías, los coches, los ómnibus, llegaban hasta allí; pero el poeta no menciona esa iglesia, sino otra, la de Nuestra Señora de la Soledad, advocación rarísima, que le acompañó siempre.

Si Merton hubiera ido al Casino Campestre hubiera visitado el Santuario, uno de los más antiguos del país dedicados a esa advocación mariana, y si lo hubiera conocido lo hubiera descrito, tenía un altar mayor de plata pura y gruesa, muy barroco, dicen que hermoso, del que solo quedan fragmentos.

Veamos a Thomas Merton describir mi amada parroquia: "... encontré una iglesia dedicada a la Soledad... una pequeña imagen vestida, en una hornacina sombría: apenas podía uno verla. ¡La Soledad! Una de mis mayores devociones; no se la encuentra, ni se oye nada acerca de ella en este país –se refiere a USA–, excepto una antigua misión de California que fue dedicada a ella". Realmente, la imagen no es tan pequeña, tiene entre 150 y 175 cms de altura y con el manto abierto, de terciopelo negro bordado en oro por monjas catalanas, otros tantos. Es un esqueleto de madera del que solamente vemos la cara y las manos. Por debajo, la Virgen tiene senos que casi nadie ha visto, pudorosamente se les cubrían con un corpiño y cuando se iba a vestir mandaban salir a los intrusos. Estaba en esa época ya en un nicho bien iluminado, aunque las luces solo se prendieran durante las misas; lo supe por el padre Miguelito Becerril y por Fausto Cornell, dos de mis amigos difuntos. La iglesia tenía entonces los pisos de lozas de barro cocido y las paredes eran blancas, pintadas con cal. Merton no debió de haber oído misa allí, pues hubiera recordado el poderoso órgano y las tres naves llenas de luz. Mientras no había misa la penumbra y el silencio se enseñoreaban. Fue siempre un buen lugar para los poetas.

III

Cuba es el escenario del juego del poeta. Detengámonos unos instantes en el término *juego*. No

estamos hablando de competencias o banalidades. Recuerden que Merton viaja a Cuba a encontrarse con Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, a ofrecerle a ella su deseo de consagración total a Dios y para eso recorre el país. El viaje es una peregrinación en la que vamos encontrando elementos **agonísticos** –manifestados en los conflictos entre los protagonistas: por un lado la Cuba descrita en la impronta del diario, el país más cercano de las memorias, las esperadas visiones de los ceibos y la realidad transfigurada que termina apareciendo–; también encontramos las sombras del vértigo y la vivencia en él –**illynx**–, el azar que interviene como providencia –**alea**–, y la imitación del imposible como posible –**mimesis**–. Es decir, aparecen todos los principios que Roger Caillois describe en su conocida obra de 1967, *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*.

Iremos verificándolos en este andar con paso mertoniano. Recuerden lo acontecido en La Habana, en Matanzas y en Camagüey. Ahora vamos rumbo a Santiago de Cuba, apoteosis del juego cubano de poeta, que es a la vez preparación para el cierre de la partida, un final habanero en el que ocurre el verdadero "apocalipsis", es decir, la revelación, el corrimiento de los velos y la muestra de la verdadera cara, del verdadero propósito de sus estancias.

De Camagüey vamos a Santiago de Cuba. Posiblemente Merton saliera por los lados de la Terminal de Trenes, más abajo, en la calle Avellaneda, en el cuchillo que formaba un hotel y en el que aparcaban los ómnibus, bestias dispuestas a todo. Los choferes serían muy parecidos a los de hoy, esa es una especie de pocos cambios. A voces los auxiliares anunciaban los itinerarios.

"Finalmente, mi ómnibus marchó rugiendo a través de la llanura seca, hacia la muralla azul de las montañas: Oriente, el fin de mi peregrinación," dice Thomas, y la fiera avanza. Es abril o mayo de 1940. Un pequeño detalle, la realidad se burla, le hará muecas al muchacho que se atreve, aún años después, a anunciar que en el este le espera el fin, cuando apenas fue el aperitivo de lo que vendría.

En *La montaña de los siete círculos* nos cuenta así: "Cuando íbamos cruzando la sierra divisoria y bajábamos por los verdes valles hacia el mar Caribe, vi la basílica amarilla de Nuestra Señora de Cobre, de pie en una prominencia, sobre los tejados metálicos del pueblo minero que emergía de las profundidades de una honda concavidad de verdor, defendida por peñascos y pendientes escarpadas cubiertas de matorral."

Una pequeña y quizás burda precisión. En 1940 aún no era basílica aquel templo, lo sería en la década del ochenta; entonces era únicamente Santuario

Nacional, lugar de entrañable resonancia para el cubano. Recuérdese que en 1916 el papa Benedicto XV, a petición de veteranos de las Guerras por la Independencia, reconocía como patrona de Cuba a la Virgen mambisa, coronando así una trayectoria de amor mutuo, nacido en la Bahía de Nipe en pleno siglo XVII.

Al ver la iglesia recortada contra el verde y el cielo, el poeta exclama: “¡Ahí estás, Caridad del Cobre! Es a ti a quien he venido a ver; tú pedirás a Cristo me haga su sacerdote y yo te daré mi corazón, Señora; si quieres alcanzarme este sacerdocio, yo te recordaré en mi primera misa de tal modo que la misa será para ti y ofrecida a través de tus manos, en gratitud a la Santa trinidad, que se ha servido de tu amor para ganarme esta gran gracia.”

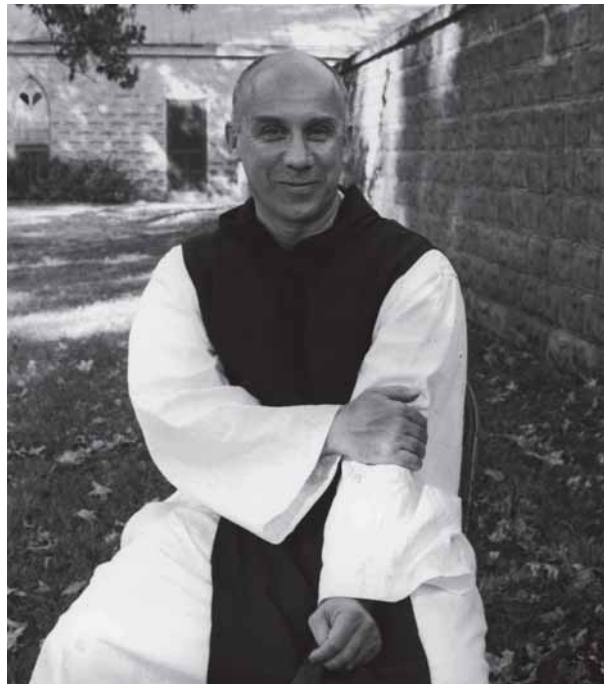
Merton continua: “El ómnibus se abrió camino hacia abajo por la falda de la montaña, rumbo a Santiago. El ingeniero de minas que había subido en lo alto de la cordillera divisoria estuvo hablando todo el camino cuesta abajo en inglés, que había aprendido en Nueva York, contándome el soborno que había enriquecido a los políticos de Cuba y de Oriente.”

Un hombre de tecnologías, en inglés, para que no tenga dudas, le habla de la corrupción, del cáncer de los políticos que se comía a la República; porque Cuba, a pesar de la constitución del 40, no nos llamemos a engaño, era un burdel. Se escribió la Carta Magna con letra muerta; aquel era un país que vivía en la futuridad, y desde entonces es candidato a la resurrección, ya lo sabemos. Se prefiguraban los ingredientes de la gracia, pero la isla estaba muerta.

Llega a la antigua capital y obispado primado del archipiélago, se hospeda en el Hotel Casagrande; no lo nombra, pero lo describe, “frente a la catedral”. Comió en la terraza, vio los estragos de uno de esos temblores de tierra que, comparados con otros, más parecen estornudos que sacudidas, aunque a veces sorprendan y asusten. Va al Cobre en una guagua a la que califica como “el más peligroso de todos los furiosos ómnibus que son el terror de Cuba”, danza frenética en dos ruedas y a 100 kilómetros por hora, siempre a punto de explotar. Reza el rosario todo el camino, pero llega. Así siempre sucede aquí; se llega aunque sea con el credo en la boca.

En el Santuario sube hasta el camarín, y allí encuentra la “virgencita alegre y negra, cubierta con una corona y vestida de magníficos ropajes”. La llama Reina de Cuba, y lo es, señora de territorio variopinto, en el que se puede encontrar a súbditos que creen en ella, pero no en Dios, o a quien la llama virgen y la cree zalamera y mujer de varios hombres. En fin, cubanismos.

Trata de rezar, pero “una piadosa sirvienta de



mediana edad, con vestido oscuro”, “ansiosa por venderle una porción de medallas”, no lo deja. Se escurre a la iglesia, pero ella lo persigue. Él se va, desilusionado, “sin decir lo que quería a la Caridad ni llevar muchas noticias de ella”.

Rápido aprendió Merton que lugares de mucha concurrencia no son buenos para el recogimiento. Sale, compra “una botella de una especie de gaseosa” –¿sería pru?– y sucede un milagro: desde una de las casas, no desde la iglesia, escucha sonar un armonio, que tocaba el *Kyrie eleison*. Alguien le pide perdón. No le habíamos dejado hablar y le pedimos perdón. Alguien pide perdón.

Regresa a Santiago de Cuba y en la terraza del Hotel Casagrande, almorzando, sin sonidos de armonio, quizás con piano a lo lejos y el chasquido de los zapatos de los meseros y los comensales, quizás con el fondo de las copas de cerveza Hatuey y el rozar de cubiertos contra los platos de loza inglesa, la Caridad del Cobre tuvo una palabra que decirle, “le entregó la idea para un poema que se compuso tan suave, fácil y espontáneamente”, que lo escribió “casi sin una corrección”: “Así que el poema resultó ser ambas cosas: lo que tenía que decirme y lo que yo tenía que decirle. Era una canción para la Caridad del Cobre; era, por lo que a mí se refiere, algo nuevo, el primer poema verdadero que jamás había escrito o, de cualquier manera, el que me gustó más. Señalaba el camino a otros muchos poemas; abría la puerta y me hacía tomar un rumbo cierto y directo que había de durar muchos años.”

Debería alguien preocuparse por poner esos versos en un lugar visible del hotel santiaguero, o quizás, grabados en bronce puro, dejarlos en el camarín de la Virgen, junto a la medalla del Premio Nobel de Ernest Hemingway, para recordarnos que la luz es posible.

IV

El juego, el noble juego regresa para terminar la partida de este ajedrez sin piezas, compuesto solo del entramado urbano de cuatro ciudades de la isla frente a los ojos de un poeta que visita a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre. Se deslumbra, se equivoca, ve reinos, paraísos por todas partes, exulta en una ciudad, se recoge en otra, para al final salir decepcionado y mudo. Pareció que todo el viaje hubiese perdido sentido y sustancia, que el peregrino cambió capa y cayado por la botella de agua “pura” del turista, que es la perversión del viajero.

Si todo el viaje se reduce a comida abundante, ruidosos ómnibus, misas por doquier, un camarín de santuario y una gaseosa en el pueblo minero del Cobre, Merton fracasó. Pero el discípulo nunca es mayor que el Maestro, y el joven poeta debió pasar, con amarga sorpresa, claro está, por la verdadera senda del peregrino que es el abandono y el fracaso. Sus armas, sus premios, su estandarte están ahí. Imaginemos por un instante la escena: A pesar de escuchar el *Kyrie* “en una de las chozas” del pueblo –aviso obvio, petición tranquila a morir–, Thomas no resiste la sensación del derrumbe y a pesar de que dice “Regresé a Santiago”, uno respira, intuye, que tras la lacónica frase lo que se lee es “Espantado regreso, frustrado retorno”. No fue suficiente que la Virgen de la Caridad se escondiera, no se dejara ver nunca en la estrecha Carretera Central, no fueron suficientes los rosarios y las ganas enormes del encuentro, no bastó el esfuerzo y la elección, no bastó la exaltación ni el temblor, no fue suficiente que alterando toda realidad el peregrino transfigurara a Cuba y casi la convirtiera en la *civitas* agustiniana, no bastó el silencio. De pronto se ve almorzando en la terraza del Hotel Casagrande. Todo ha terminado. La madre se las ingenia para hablar y escuchar.

Santiago de Cuba, Cuba, un tema cubanísimo, es el manantial desde donde comienza a brotar la obra literaria de Thomas Merton, poeta norteamericano de los más importantes, por muchos considerado un maestro espiritual. Nudo que enlaza la historia de la cultura de ese país con la nuestra. Sello pétreo. Marca indeleble. “Canción para Nuestra Señora del Cobre” monumento alto, secuoya enorme plantada en la isla.

Thomas Merton deja Santiago de Cuba y entra

otra vez en La Habana. Ya no solo le parece que el cafetín, la vía pública y la casa se desbordan, se confunden, se mixturán, sino que también los templos entran en ese trasvase. Dice: “las puertas –de las iglesias claro está– permanecen abiertas mientras se celebra la misa y, por desgracia, los asistentes perciben también todo el ruido y la actividad que se está desarrollando fuera, en la calle: el sonido de las campanadillas de los trolebús, las bocinas de los autobuses y los gritos agudos de los chicos de los periódicos y de los vendedores de billetes de lotería”.

Ciertamente, la nuestra es una ciudad con demasiado ruido por todas partes, pero veremos qué es lo que le depara entre la bullanga y la confusión. Una broma, uno de esos chistes en los que el sentido del humor de lo divino se expresa. No hay carcajada, pero sí fina ironía, delicadeza en la sorna.

Merton se va a misa de la Iglesia de San Francisco, que no es la que conocemos hoy, sino otra que ya no existe. Es domingo y “un vendedor de lotería se paseaba arriba y abajo fuera del templo anunciando su número con la voz más fuerte y aguda que escuché en toda Cuba, y Cuba es un país en que se habla en voz alta. Era un número que sonaba muy bien:

Cuatro mil cuatrocientos CUA-TRO;

Cuatro mil cuatrocientos CUA-TRO.

Lo repetía una y otra vez, añadiendo de vez en cuando un chillido casi ininteligible que tal vez tenía algo que ver con san Francisco: probablemente que a san Francisco también le gustaba este número.”

Primero bromea Merton, quizás contagiado por el choteo cubano, solo que la “broma colosal” está por llegar. Examinemos el número o los números. En Cuba el billete de lotería, la bolita, la charada, siempre ha sido visto en sentido cabalístico; la gente busca esos números en el sueño, el accidente, la insinuación, donde quiera que pueda ver o crea ver una señal; los vendedores de billetes siempre fueron vistos como agentes del misterio, de la sombra, dotados de una rara conexión con el “más allá” o como chivatos al servicio de los “poderes”. Y por ahí comienza la broma, el poeta cree que la hace en alusión al santo y su posible disfrute del número, pero ella no está afuera sino en el número o la combinación. La broma se la hacen a Tom, aunque piense lo contrario.

No pretendo desviarme demasiado, pero si damos una revisión al cuatro como símbolo comprendemos de qué juego estoy hablando. Cuatro es el número de la totalidad, pariente del cuadrado y de la cruz, que es el cruce de un meridiano y un paralelo que divide la tierra en cuatro sectores, cuatro es plenitud y universalidad, cuatro letras tiene el nombre de Dios (YHVH), cuatro los evangelistas, cuatro letras tiene el nombre del primer hombre (ADÁN),

cuatro simboliza la tierra...etc. No los abrumo: con un buen diccionario de símbolos basta.

Regresemos a los sucesos. El poeta llega a la Iglesia de San Francisco y un vendedor de billetes no se cansa de repetir esa combinación de cuatros que es el número cuatro mil cuatrocientos cuatro. Comienza la misa y durante la epístola llegan unos niños que ocupan los primeros bancos, acompañados de un fraile. Terminada la consagración, los infantes proclaman el Credo, es decir el símbolo de su fe, y aquella era “una gran aclamación que salía de todos aquellos niños cubanos, una gozosa afirmación de fe”.

“Luego... se formó en mi espíritu una conciencia, una intelección, una comprensión de lo que acababa de celebrarse en el altar, en la consagración: de la consagración en una forma que le hizo pertenecerme”.

En el diario hay descripciones de los objetos, de la ceremonia, en la autobiografía se centra más en la luz, en la calidad de la luz, en el deslumbramiento, y termina afirmando: “El Cielo está aquí, enfrente de mí. ¡El Cielo, el Cielo!”

En medio de situaciones y luces ordinarias, de sueños, en La Habana, rodeado de una ciudad exaltada y bullanguera, este muchacho tiene la sensación y la certeza de la posibilidad del Paraíso, se le ha acercado un reino que hasta entonces era solo deseo, intuición o ejercicio intelectual.

En la autobiografía, no encontramos los datos del suceso o los vemos mediados por la crítica y el error de entender que la mística o la experiencia mística es un asunto directamente proporcional a un entrenamiento de oración. Por eso habla de los diferentes tipos de ella, y no se centra en la experiencia esencialmente gratuita y generosa. Vayamos al diario:

“directamente ante mis ojos, o directamente presente a cierta aprehensión u otro yo que estaba por encima del de los sentidos, estaba al mismo tiempo Dios en toda su esencia, todo su poder, Dios en la carne y Dios en sí mismo y Dios rodeado por los rostros radiantes de los miles, de millones, del incontable número de santos que contemplaban su Gloria y alababan su santo Nombre. La inquebrantable certeza, el conocimiento claro e inmediato de que el cielo estaba directamente frente a mí, me sacudió como un rayo, me recorrió como un fogonazo de luz y pareció despegarme limpiamente de la tierra.”

Este “fogonazo de luz” es la broma, la divina ironía. Un hombre viene a buscar a la Caridad del Cobre, tiene cosas que hablar con ella, cosas que escuchar de ella, y camina, más no la encuentra. Regresa frustrado, quizás dolido y hasta resignado, y es entonces cuando se le muestra el verdadero sentido de su peregrinación, de su juego. Dios es quien andaba en su búsqueda, Dios es quien le hace el juego, un Dios que Thomas Merton entenderá cuando adquiere la certeza de que el hombre se pierde solo para ser encontrado por Él.

Final del viaje cubano.

Quizás en otra ocasión volvamos a Thomas Merton, poeta y monje, que nunca más regresa a Cuba, pero que, sin embargo, mantiene con ella vínculos múltiples y sustanciosos, ya que a través de su discípulo, el P. Ernesto Cardenal, sostendrá una extensa e intensa correspondencia con Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Octavio Smith, Roberto Friol y otros intelectuales cubanos. A partir de su peregrinación escribió mucho y bueno, pero nunca olvidó aquella canción primera escrita en la “isla brillante”.

